

UNO | MAS | UNO

Los ochenta años de Borges

Ida Vitale

1+1 17/9/78

Borges acaba de cumplir sus ochenta años y acaba de ser sometido a una operación, no demasiado grave. Se acerca así cada vez más al mundo con el que sueña su escritura, el de las irrealidades donde se eternizan los fantasmas que pueblan el mundo de las letras, en el que vive, más que nunca, quizás, desde que comenzaron sus años de sombra. En la vejez tantas cosas desaparecen. *Quedan el hombre y su alma*, es decir un fragmento de la eternidad, anudado por la memoria, quizás por la esperanza, que sostiene esa unidad siempre a punto de dispersarse, o siempre a punto de integrarse en una totalidad abrumadora. La actualidad, (una forma deleznable de la historia) fija la atención del hombre sobre lo precario encefalizador, distrayéndolo del pasado que se pierde minuto a minuto. -Pero ese pasado incluye todo lo que el hombre ha creado, perfecto o imperfecto. Borges levanta su obra como un espejo para rescatar a los hombres, sus hazañas, y aun sus infamias grandes o mínimas, las palabras y las filosofías, ya dichas, ya creadas. Una idea rige y pondera esa multiplicidad: *No hay en el orbe una / cosa que no sea otra, o contraria o ninguna*. Este afán especular, que rescata de la nada lo que el paso de los años nadiifica, está en Borges desde sus primeros libros, como lo está la idea de la precariedad del hombre frente al tiempo: *Hay una línea de Verlaine que no volveré a recordar... Hay una puerta que ha cerrado hasta el fin del mundo*. Borges entiende, pues, el tiempo como una incesante disolución. También afirma que el lenguaje crea nuestra imagen de la realidad, que esta imagen es un muro que nos intercepta el acceso a la realidad y que toda filosofía, que se apoya en las palabras, es fútil. Habiendo negado la filosofía a Borges sólo le queda la literatura. Sólo y nada menos. La literatura, ese objeto verbal, en donde el caos del mundo se somete al rigor de las estructuras, de las simetrías, de los laberintos. Y dentro de ella, fiel hasta el final, la poesía, gobernada por otras leyes, *no menos misteriosa*

que otros elementos del orbe, dirá él, misteriosa sobre todo por el modo que tiene de expresarse a través de alguien. *La triste mitología de nuestro tiempo habla de la subconsciencia o, lo que es aún menos hermoso, de lo subconsciente; los griegos invocaban la musa, los hebreos el Espíritu Santo; el sentido es el mismo*. Entre Verlaine, puro poeta lírico y Emerson, poeta intelectual (la adjetivación es de Borges), éste encontró un no fácil equilibrio, logrando el rara vez accesible estado de ser el poeta que maneja los misterios que obseden a unos pocos y las emociones que tocan a todos. Así, este solitario es hoy el poeta más asediado y traficador de nuestra lengua. Se lo critica en sus opiniones o absurdos políticos. También se lo quiere en su poesía. Su modestia nos lo acerca. Ya en su primer libro *Fervor de Buenos Aires*, escribía: *Si las páginas de este libro consienten algún verso feliz, permíteme el lector la descortesía de haberlo usurpado yo, previamente. Nuestras nadas poco difieren; es trivial y fortuita la circunstancia de que seas tú el lector de estos ejercicios y yo su redactor*. No es en cambio fortuita la exactitud con que su estilo reduce la tarea de poeta a la de redactor, que hable de *usurpar*, que reduzca sus logros a *algún verso feliz*. En su tercer libro, *Cuaderno San Martín*, cuyo título alude a un cuaderno de ejercicios escolares, se sitúa mediante una cita ajena entre aquellos capaces de versificar la música de sus almas diez o doce veces en su vida por una propicia conjunción de estrellas. *No hay mérito en sacar ventaja de cada ocasión*. Esta modestia nos acerca a él tanto como el hecho de que viendo con ininterrumpida lucidez la precariedad de la existencia humana, sabiendo, confesando y que se aplicó al arte como a un sucedáneo de todo lo que no hizo o no tuvo: *a las simétricas portías del arte, que entreteje naderías*, lo hizo con la entrega absoluta que nos depara, al fin, a todos una poesía inimitable, a partir de la cual ni la lengua que hablamos es la misma, ni nuestra manera de ver la realidad.